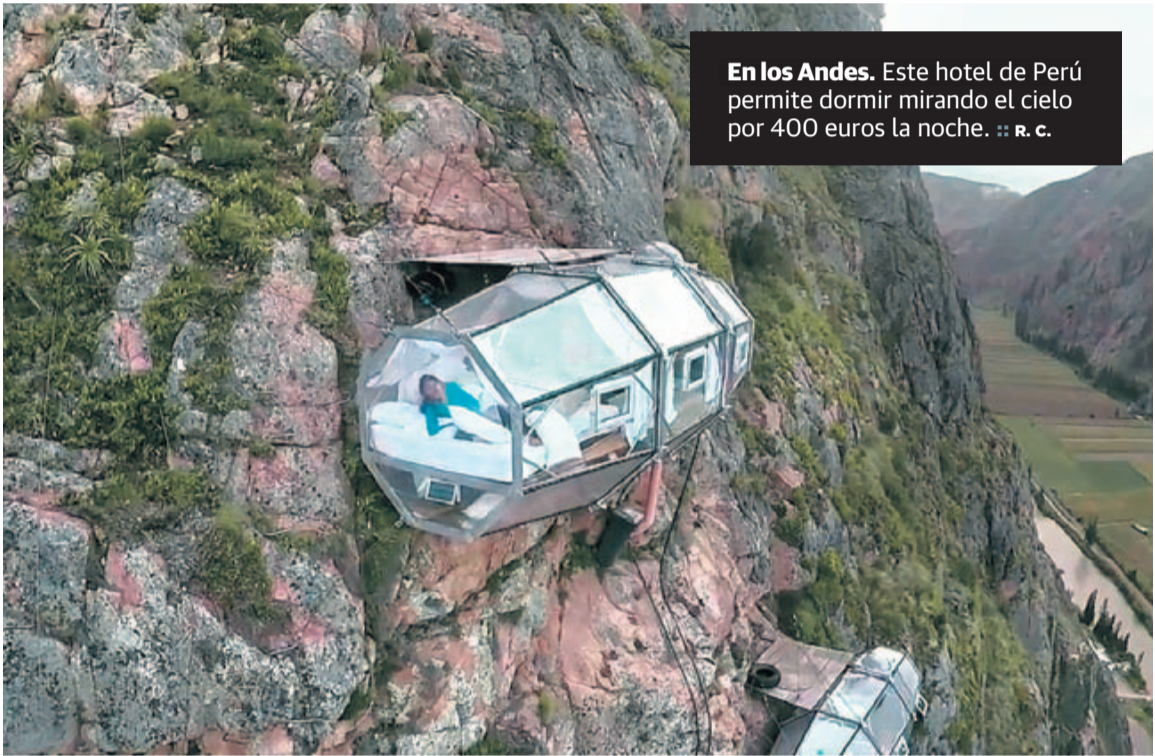




De vértigo. Un camping 'de altura' en un acantilado de Gales. 450 euros, incluyendo la aventura de la subida. :: R. C.



En los Andes. Este hotel de Perú permite dormir mirando el cielo por 400 euros la noche. :: R. C.

DORMIR COMO MONTAÑEROS

En un acantilado de Gales

Los más aventureros son los únicos que se atreven a reservar 'habitación' en un vertiginoso camping al norte de Gales. El huésped duerme literalmente como los montañeros que escalan algún coloso, solo que aquí están en un acantilado con una caída de 60 metros hasta el mar. Así es difícil relajarse, pero después de ver el

ocaso, las olas acaban cantando su nana. Al despertar, el cliente recibe un completo desayuno galés.

Un hotel colgante

Cada año surgen hoteles más dispares. El último proyecto lleva la firma de Margot Krasojevic, una arquitecta vanguardista que ha diseñado un edificio futurista, con forma de avispa, colgado de una pared del macizo de l'Esterel, cerca de la Costa Azul, en Francia.

montaña con vistas al Valle Sagrado. A 400 metros de altura. Hasta allí hay que subir como un escalador. Con la ropa apropiada y arneses de seguridad para ir trepando por los finos escalones de hierro anclados de la roca. Aunque un guía irá cuidando de los huéspedes para llevarlos sin sustos hasta esos tres módulos de siete metros y medio de largo y 2,60 de ancho y alto. En esas vainas transparentes hay cuatro camas, un modesto comedor y un cuarto de aseo sin ducha.

Lo habitual es llegar al ocaso para contemplar la puesta del sol sobre los Andes antes de una cena deliciosa que da paso a una noche estrellada que se refleja sobre el río Urubamba. A la mañana siguiente, un desayuno copioso sobre la cubierta y un descenso vertiginoso en tirolina. Allí arriba todo es ecológico, hasta la corriente eléctrica, gracias a un panel fotovoltaico. Dormir en ese paraje idílico rodeado de cóndores te sale por un pico, sobre los 400 euros la noche.

En el hotel Kakslauttanen, en Finlandia, el visitante no busca el cóndor andino sino las auroras boreales. En el corazón de Laponia hay desperdigados entre los árboles una serie de iglús y cabañas muy bien acondicionadas con unas cúpulas de cristal que permiten ver esas fascinantes luces policromadas en el cielo. La temporada de las auroras boreales se extiende desde finales de agosto hasta finales de abril, justo antes de los largos días y el no menos llamativo sol de medianoche.

El complejo hotelero se levanta en Kakslauttanen, el lugar donde un joven llamado Jussi decidió pasar una noche en el verano de 1973. Este finlandés había ido de pesca a Utsjoki, la localidad más septentrional del país, y de vuelta a casa se quedó sin gasolina y se vio obligado a acampar. En aquel lugar se sintió tan feliz en su tienda de campaña que al año siguiente regresó, aunque ya construyó una cabaña y, con el tiempo, abrió una cafetería para atender a los viajeros. Ahora es toda una empre-

sa turística que se nutre de los reclamos de Laponia, incluidas las auroras boreales en este punto a solo 250 kilómetros del Círculo Polar Ártico. Más al sur, en Alemania, lejos ya de las auroras boreales, el atractivo es la bóveda celeste, abierta de par en par desde las tiendas colgantes de Waldseilgarten, un campamento volante que pende de los árboles en un hermoso entorno en Baviera. La tienda solo está envuelta por una especie de dosel, una mosquitera para evitar ser 'devorado' por los insectos. La ventaja, al margen de las vistas, es que uno se olvida de piedras y otras incomodidades del terreno. Pero no solo está la opción de los árboles, la empresa también ofrece a sus clientes pernoctar colgado del cortado de un acantilado de vértigo. Como muchos de los hoteles de similares características, los precios, a pesar de lo rudimentario, no son para cualquier bolsillo. El romanticismo se paga y este curioso lugar de Baviera, una de las regiones con más poderío económico del mundo, la noche se cobra a 250 euros.